

Pertenecer en África: ese imposible anhelo

María José Larre Borges



Tanganica, Kilimanjaro, suajili, Serengueti, bantú, Zanzíbar. Son palabras con las que alguna vez hemos tenido contacto y que tienen algo en común. Todas ellas refieren al mismo país de África del Este: Tanzania. Independiente recién desde 1963, en la actualidad, en increíble vuelta del destino, la presidenta es una mujer, Samia Suluhu. Este país es inmensamente rico en minerales, especias, café, algodón, pesca. Hoy día, el promedio de edad de su población apenas sobrepasa los 17 años y ocupa el listado, paradójicamente, de las naciones más pobres del mundo.

Allí nació, en 1948, el Premio Nobel de Literatura de 2021: Abdulrazak Gurnah. Con decenas de libros publicados y escritos en inglés, este escritor es un académico reconocido por la Universidad de Kent, Inglaterra, donde reside desde los 18 años, forzado al exilio por persecución étnica, ya que proviene de la minoría árabe. Es doctor en estudios poscoloniales y fue distinguido, en literaria argumentación, «por su penetración inflexible y compasiva de los efectos del colonialismo y los destinos de los refugiados en el abismo entre culturas y continentes».

La narrativa de Gurnah oscila entre la peripecia personal y la social, en un entramado que privilegia ya una, ya otra, a estas historias. *Memory of Departure* (1987) es su primera novela y aún no ha sido traducida al español. Se trata de una *coming-of-age story*, ya que acompaña un breve pero significativo lapso en la vida de su protagonista, en concreto el que se da en el pasaje de la niñez a la adultez. Pues su tierra original, parafraseando a Cormac Mc Carthy, «no es país para jóvenes».

La acción se desarrolla, en gran parte, en un lugar innominado de África Oriental, en el significativo año de 1968, mientras Occidente arde. Puede adivinarse, sin embargo, que se trata de un pueblo en la costa tanzana. Hassan Omar, narrador en primera persona, despierta junto al libro en el amanecer del día en que cumple 15 años. La primera oración va dirigida a su madre, a la manera de *El extranjero*, de Albert Camus. No es una madre muerta físicamente; sin embargo, se presenta como un espectro de persona: una pena larga y honda ha ensombrecido su mirada y su carácter. Hassan ansía el amparo materno, pero ella está rota, seca, dejándose vivir, pero incapaz de dejarse tocar, en toda la polisemia del término.

Conforme se desarrolla la acción, conocemos el entramado familiar. La madre —analfabeta, extranjera, tímida, bella— fue casada a los 16 años con un desconocido, su padre. En los gestos maternos solo hay amargura y resentimiento. En efecto, a medida que la novela avanza, el narrador nos pone en contacto con el resto de la familia. El padre reza el Corán y hace de la violencia física su forma de vinculación cotidiana con la familia y con sus pares. Es alto, canoso, fuerte, feroz y está precedido por un oscuro pasado de matón. Abundan afuera y adentro los golpes, gritos, insultos, agresiones sexuales por parte de quien afirma que es preciso obedecer a Alá, según repite Hassan: «Mientras mis pecados sean suyos, antes de convertirme en hombre»¹ (p. 24). Sus «rabias lunáticas» (p. 68) y espiraladas, al decir de la madre, se originan en que «bebe demasiado y luego jura que mejorará y que se detendrá... Lo dice de verdad, llora y jura...» (p. 159).

El pueblo adquiere categoría de personaje. La familia habita un barrio costero y pobre donde abundan ladrones, adictos, borrachos, burdeles clandestinos. El mar enmarca este miserable lienzo. Su sabor, color, calor, la atmósfera de niebla, polvo y viento, y el persistente olor de la pesca todo lo domina.

Conocemos que el padre formó parte del despreciable grupo de «esclavistas oscurecidos por la malicia» (p. 6) y es un expresidente por un crimen execrable. La familia estuvo integrada alguna vez también por el

¹ Las traducciones al español fueron hechas por la autora de esta reseña.

hermano mayor, Said, víctima y victimario, y dos hermanas: Zayika «luciendo más abandonada de lo que cualquier lágrima o grito la hubiera hecho parecer» (p. 70) y Saida, tan obediente como soñadora. La abuela, enferma y maledicente, completa un patético cuadro rodeado por la desesperanza, la crueldad, la indignancia económica pero, sobre todo, la extrema decadencia ética.

La acción intercala hermosos pasajes descriptivos que dan cuenta de la atmósfera reinante: «Cuando el viento había azotado el polvo con demonios mojados que se precipitaban en todas direcciones» (p. 41). Mientras tanto, aparecen pinceladas de usos y costumbres del pueblo. La comida diaria, compuesta por sardinas, frijoles, bananas, café, kebab, maníes y dulces. Los hombres juegan cartas alumbrados por lámparas de keroseno, en medio del aroma de inciensos que enmascara los orines y el sonido de gaitas.

Es en el segundo capítulo en que el protagonista resuelve su partida. El primer escollo consiste en conseguir su pasaporte, mientras va culminando el bachillerato en la escuela coránica. Para Hassan los libros forman parte de su vida y es un estudiante destacado. Sin embargo, la opinión de sus mayores es que «la cultura es para los ricos. La cultura es decadencia» (p. 21) y que mejor sería convertirse en médico en Inglaterra. Pregunta su padre: «¿Qué oportunidad tienes si te quedas aquí?» (p. 21).

En medio de festejos por la consolidación independentista, aparece la sede del Partido Progresista del Pueblo. En su sede, se lee el cartel *FREEDOM.NOW* y el narrador, con un dejo de ironía, aporta que «el efecto acumulativo de nuestras fantasías nos había convencido a todos de que no podíamos estar equivocados» (p. 71). Sin embargo, su mirada no disimula el escepticismo. «Ahora somos libres. Nuestro líder está parado junto a la Reina de Inglaterra sin perder la calma. Es obeso, lleno de fruta podrida en sus partes: corrupto, libertino, obsceno» (p. 47). Y continúa: «En medio de los exámenes, mi interés por estas cosas era vivo pero desapegado. Formaban parte de la atmósfera embriagable de intriga y política y venganza que la independencia había traído» (p. 64). Casi como un apunte al margen, en la televisión de la sede del Partido, Hassan puede escuchar noticias vinculadas con el conflicto árabe-israelí.

Enterada la madre de los planes filiales para salir del país, los alienta en forma inesperada: «Where there is a will, there is a way» (p. 52) [Si hay voluntad, la senda está trazada]. En la espera por el viaje:

El terrible Ramadán se acercaba, con su hambre diaria y sus lentas horas de luz. Cuando llegó, toda la ciudad se acostó a un ritmo somnoliento, las tiendas cerraron y la gente durmió la mayor parte del día que pudo, luchando contra el hambre con el olvido. Cuando llegó la noche, la vida comenzó de nuevo con una especie de abandono y frenesí (p. 68).

Arribado finalmente el día de la partida, Hassan viajará a Nairobi, Kenya, donde reside un tío que le robó a la madre, por su condición de mujer, su herencia. El viaje dura más de un día y el muchacho lo hace en tren. «El tren se balanceaba de lado a lado, hipnótico en su regularidad, ensordecidamente ruidoso. Una ligera brisa soplaba a través de la ventana abierta, agitando los pliegues de las cortinas retenidas por las correas. Parecía caluroso afuera» (p. 78). En diálogo con Moisés, un reciente y misterioso compañero de viaje, este último afirma:

Todo esto de las Humanidades es una mierda. Todo lo que tenemos es arte africano, literatura africana, historia africana, cultura africana y toda esa mierda. Y ni siquiera podemos hacer un destornillador o una lata de talco en polvo para nosotros mismos (p. 84).

En la novela, aparecen mencionados otros artistas y sus obras: *Mine Boy*, de Peter Abrahams; Picasso; Tolkien; Alan Paton.

Poco antes de la llegada a la casa del tío Ahmed, este es presentado en forma indirecta. Es un rico comerciante que se dedica a la compraventa de autos y está vinculado con el contrabando. Frente a la asfixia de los sucios y pestilentes callejones que acompañaron el crecimiento de Hassan, Nairobi lo maravilla:

Las verdes laderas estaban encorvadas contentas, fecundas e hinchadas de complacencia. Eran en todos los sentidos diferentes a la opresión dominante de las estrechas calles de nuestra ciudad, con sus aromas de crueldades pasadas y de celos enredados. No era de extrañar que la gente hubiera aprendido la lucha por esta tierra, a asesinar y mutilar por ella (p. 88).

Ya el lector intuye que la riqueza material puede también encubrir miseria moral. Pocas páginas después lo confirma. Deslumbrado por los hermosos ojos grises de su prima Salma y sus costumbres inglesas, la presencia de Ahmed enciende todas las alarmas. El sobrino pobre, el *country boy*, es tan mal recibido como

temido, ya que implica la amenaza de la pérdida de la mitad de los bienes que le pertenecen por vía materna. Hassan no deja de asombrarse por estos parientes que son «gente con tenedor, civilizada» (p. 159) y que tienen la ridícula costumbre de estropear el café con un chorro de leche.

Los primeros tiempos son de puro asombro. «Era lo que los viajeros más románticos habían descrito como el entusiasmo por la vida inconfundiblemente africano, la danza que formaba parte del ritmo natural de la vida» (p. 93). Escasos días le bastan a Hassan para darse cuenta de que «había entrado en la guarida de un león, en la cueva de los cíclopes» (p. 102). También en Nairobi, como afirma Moisés, «eso es todo lo que conocen... hachís, mujeres y violencia. ¡Y piensan que así pueden gobernar el país!» (p. 109). La tragedia se precipita junto con los sueños del muchacho. Vuelto al origen, asistimos a un progresivo empoderamiento de Hassan en el seno familiar, ahora hombre adulto sin llegar todavía a los 18 años. El último y sexto capítulo es epistolar y plantea un final abierto. El protagonista encuentra salvación en la palabra, en su poder balsámico y creador: «Estoy en el exilio, me digo. Esto hace que sea más fácil soportar este sentimiento porque puedo darle un nombre que no me avergüence» (p. 175). En infinita reflexión, Hassan menciona al inmenso, al eterno: «Cuando el mar está agitado, nuestra pequeña embarcación se balancea en miles de millones de millas cúbicas de creación, como si ni siquiera fuera un fragmento de existencia» (p. 177).

Finalmente, cabe preguntarnos, ¿son los premios literarios un hecho político? ¿En qué medida ha incidido, en esta edición, la condición de negro, africano, exiliado en Europa y académico de su autor? ¿Cuánto de lo *políticamente correcto* de la temática de su obra, situada en tiempo y lugar en luchas poscoloniales de las que hoy día abjuran las otrora metrópolis, ha influido por sobre los evidentes méritos de su prosa?

Abdulrazak Gurnah. *Memory of Departure*. (1987). Nueva York: Grove Press. 177 páginas.